

imperialistas americanos eran acabar con la República, pues la zona que había de quedar, por el pronto, independiente, tendría que someterse, más o menos tarde, a la influencia americana.

Las dos tendencias

Dentro del Gobierno de los Estados Unidos, poco antes de la muerte de Harding, había dos tendencias para resolver el caso de Méjico: una, la de Fall, que era opuesto a toda inteligencia con cualquier Gobierno de Méjico que no declarara abolida la Constitución de 1917. Para conseguir este propósito procuraba a toda costa que no hubiera paz en Méjico. La otra tendencia la representaba Harding; era enemiga de la intervención armada en Méjico y rechazó siempre todas las insinuaciones hechas para ayudar a los revolucionarios mejicanos.

Los que querían la desmembración de Méjico prepararon la rebelión de julio de 1921 en la zona petrolífera del Golfo. Su propósito fué provocar un conflicto internacional por medio de vejaciones y daños a los ciudadanos americanos y a sus propiedades.

El fracaso de este plan les hizo cambiar de táctica. Protegieron entonces a los generales Rodríguez y González, que prepararon en territorio americano una expedición a Chihuahua, para alzar aquella zona contra Obregón. Detenidos éstos, Buckley, uno de los directores de la expedición, envió a Fall el 5 de marzo de 1922 el siguiente despacho:

«Acabo de recibir un Mensaje de Hauson, procedente de El Paso, Texas, informándome que nuestro abogado ha fracasado en sus gestiones para obtener que nuestros amigos—se refiere a los generales Rodríguez y González—sean puestos en libertad bajo fianza de 20.000 dólares. Urge que se haga una recomendación a Johnes, de San Antonio, para arreglar el asunto.—Buckley».

En efecto, a los pocos días fueron puestos en libertad.

Hubo algunos momentos en que Fall contaba con la decisión del general Murgia, de cierto prestigio, para que se pusiera al frente de los revolucionarios; pero al descubrir el fondo del asunto, que no era otro que el de ir en contra de la Constitución de 1917, se negó a trató con Fall, internándose en Méjico por su cuenta, donde murió a poco tragicamente.

Fall quiso ponerse en relación con Villa para que aceptara su concurso contra el Gobierno de Méjico. Villa mató al primer emisario del ex ministro americano. El segundo enviado, apellidado Silva, al conocer la muerte

de su antecesor, vendió a Carranza los pliegos que llevaba para Villa.

Son numerosos los documentos que publica la prensa mejicana para probar esta información, y todos ellos justifican que los movimientos revolucionarios de Méjico en estos últimos años han obedecido a las ambiciones imperialistas de un grupo de capitalistas americanos, poniendo de relieve la importancia que tiene para aquella República la Constitución de 1917, que tan mal efecto produjo a Fall y a sus amigos.

(El Sol, Madrid).

Byron...

(Viene de la página 216).

pueblo antiguo maestro de la Humanidad.

La lengua fué como el arca donde se conservó el tesoro de aquella herencia. Hubo entonces un salto atrás histórico: los nuevos griegos no anudaron sus esperanzas con la tradición más inmediata, con la del Imperio bisantino, que se creía romano, la Roma de Oriente, sino con la Hélada remota de los poetas y los héroes. El dinero de los mercaderes griegos y sus buques, artillados para defenderse de los piratas del Mediterráneo, se trocaron en instrumentos de la independencia.

Byron llegó a ellos con el prestigio de una figura de Plutarco. Tuvo el privilegio de los elegidos de los dioses: morir joven, antes de las decadencias, después de una vida intensa. Su mejor sepulcro hubiera sido el que ofrecía la Hetairia a aquel bárbaro ilustre: el Parthenon, bajo la égida de Minerva y el dorado sol del Atica. Prefirió volver a la brumosa Inglaterra; pero aunque ésta le hubiera otorgado los honores de su gótica Abadía, no hubiera sido enterramiento comparable al del blanco templo de la Acrópolis destacado sobre el luminoso cielo de Grecia, y que aun en ruinas habla de eternidad.

ANDRENIO

(La Voz, Madrid).

Canción de la recién nacida

Sol de la mañana, sol del mes de julio, hazme luminoso, que nació mi niña. Parecer quisiera resplanior del cielo, ser todo glorioso en gloria de la hija. Mirarla con unos tan serenos ojos que mirarla fuera mirarla y unirla. Tenderle unas manos que sólo se hubieran arrimado a castas blancuras divinas. Besarla con unos purísimos labios que sólo supieran palabras purísimas. Quererla con alma renovada y buena... y recién nacida...

Sol de la mañana, ponme luminoso, que nació mi niña.

Cuando en la primera mantilla rosada ya me la mostraban a mi pequeñita, lágrimas del alma lloró mi ternura... Y tuvo rocío la flor de mi vida.

Abrieron los cielos doseles azules, los cielos que estaban color de ceniza, húmedos y fríos, lloviendo, lloviendo hasta siete días.

Oyóse en el barrio canción de canario.

En la casa de altos los niños reían.

La mañana estaba vestida de fiesta

y el sol alegraba la mañana linda.

Los cielos abrieron en tiendas azules bajo un gran sol de oro, cuando ella nació.

Agrándese el mundo, y el que espera,

[espere;

porque a la esperanza le ha nacido amiga.

Sostén halló el débil y bordón el pobre que por los cansados caminos camina.

Ahora de cierto se aumentó en el mundo la paz y la dicha.

Ahora de cierto verán las estrellas las cosas mejores, mejor protegidas.

Alégrate, hierba, y tú, nido, canta;

y vosotras, horas, bailad de alegría.

Y tú misma, estrella de la noche, alégrate, que a tí misma, estrella, te ha nacido amiga.

Ah, quién me dijera que del barro mío esta flor naciera, esta luz saldría;

de mi gran pobreza este gran regalo...

este gran regalo de mis pobrerías...

Alégrese el mundo, y el que fía, fie, que a la fe le acaba de nacer amiga.

Por las calles salgan, a los parques vengan, que nació mi niña.

Tremolen banderas en los bulevares, repartan confites en las avenidas.

Aviadores vuelen por los claros cielos y arrojando vayan moneditas limpias.

Llamad a los niños y abran siete puertas a todos los niños las jugueterías.

Párese el martillo, descanse la pala, quédese la aguja donde está, prendida.

Canten jubileo por toda la tierra,

que nació mi niña.

Entrese a la rada, donde todos vean, buque milagroso que atraque en la orilla.

Bájense del buque marineros fuertes y saquen las cargas de sus maravillas.

Que haya para todos y cada uno tenga lo que necesita.

Y bajen tesoros en arcas profundas y esténse bajando tesoros cien días.

Que haya para todos y cada uno tenga lo que más quería.

Agrándese el mundo, y el que sueña, sueñe; que cosas soñadas se verán cumplidas.

Alégrate, hierba, y tú, nido, canta;

y vosotras, horas, bailad de alegría.

Ahora en la cuna de blancos cendales se durmió confiada la recién nacida.

Y la madre canta, sin saber que canta:

Duérnase mi niña...

A. CAPDEVILA

(Envío de P. H. U.)